



LA FRONTERA ABIERTA EN LA MUERTE

La lectura de la Pasión del Señor en el evangelio de San Juan acompaña nuestro segundo día de Pascua.

Contemplamos hoy a Jesús de Nazaret abandonado a su suerte, en manos de los duros de corazón, sin poder. Machacado en su carne e imposibilitado de cualquier afecto humano. Solo ante la prueba pura y dura. Burlado. Desnudo. Dando gritos. Asfixiándose. Apelando a Dios. En la cruz. ¿Nadie es testigo de esa prueba? ¿Nadie hace nada?

Es la prueba más dura, pero no la única. Cada uno de nosotros sabemos en qué hemos sido o estamos siendo probados. ¿Lo sabemos?

Este Viernes Santo la prueba del Jesús torturado, cargado con un peso ajeno a él, crucificado y muerto como un criminal, se nos hace elocuente, nos habla. Deja que tu humanidad se interpele al contemplarlo. El que intervino en su vida está presente en la nuestra.

En su cuerpo colgado de la cruz, en el amor entregado en su muerte dolorosa y humillante, el Evangelio nos dice que ha derribado el muro que hace de frontera entre la muerte y la vida que trasciende. El todo de nuestra vida no es sólo la vida biológica. Él ha abierto la puerta a la fuerza secreta que existe en lo que es vulnerable.

Tentados a quedarnos en la tragedia, el evangelio nos propone ir más allá: no temer las preguntas, ni las dudas, ni al enigma. Tampoco lo que no vemos, no sabemos, lo que se nos oculta, nos trasciende o nos supera: el misterio.

El enigma forma parte de nuestra vida, pero eso no es una desgracia. Dios creó el día, pero también la noche. La parte de incertidumbre que reside en nosotros no es un desastre, sino parte constitutiva de nuestro ser, el sendero del avance en nuestros itinerarios.

En la cruz, Jesús ha renunciado a la magia de la omnipotencia y a los milagros. Ha ido hasta el fondo de una agonía del sentido y de la evidencia. Así vence. Así ha mostrado el absurdo de la violencia. Así ha hecho entrega de todo su ser, su persona y su vida. Así nos ha dicho que la vida biológica no es la única porque “exhalamos espíritu”.

A través de nuestras pruebas aprendemos a vivir cara a cara con la opacidad, pero no siempre con el misterio, con el enigma, con lo que se nos oculta. ¿Cómo atravesar ese muro? Jesús nos ayuda y nos precede.

Entregándose en la cruz nos dice hoy que el ser humano se construye también con lo “insoportable”, con lo indecible que hay en nosotros, con lo que somete a prueba nuestra vida. Hay salvación en el enigma, pero no es mágica ni barata.

No podemos ahorrarnos esa constatación, ese avanzar lento y largo integrando lo que nos resulta indescifrable, indecible. Ese algo inabarcable que ni la razón ni el corazón podrán explicar de forma absoluta. Y que tampoco podemos dominar: la sombra de la muerte.

En el Evangelio, Jesús pide a sus amigos que pasen “a la otra orilla” (Mt14,33; Mc 6,45). Venían de una experiencia que no habían comprendido: la multiplicación de los panes. Donde Jesús quería abrir al *contagio del compartir*, ellos interpretaron la acción de un *mago capaz de prodigiosos poderes*. ¿Cómo liberarlos-nos de comprensiones mágicas, y falsas expectativas ante la persona de Jesús?

Tendrán que atravesar solos y en una frágil barca el lago, como nosotros. Será la prueba de una oscura noche, como las nuestras. Tendrán que descubrir la discontinuidad entre sus interesados horizontes y los de Dios. Entre sus expectativas y la persona de Jesús como propuesta. Entre la gratuidad de la bendición, el don, y la prueba del silencio, la experiencia de la soledad, el abandono, el sufrimiento, el límite, la no plenitud. El ego que busca cosas, tener, dominar, y Dios que nos da su persona, una comunión con Él.

La noche en el lago, la grieta entre lo que hago y lo que ocurre secretamente en mi, es el vacío que se abre entre lo construido por nosotros y lo que está por mostrarse más allá de mis perspectivas. En la prueba se derriban muros. Somos nosotros los que no hemos de derrumbarnos de manera absoluta aunque eso sea lo que experimenta nuestra humanidad.

La prueba pide o requiere una inversión de nuestro deseo más superficial, para llevarnos hasta donde el deseo nos construye. Sospechamos que hay una causa de nuestra sed, pero no nos sacian las respuestas prácticas e inmediatas, aunque construyan. Lo humano no queda encerrado en la muerte.

El ser humano, por más que se construya con la racionalidad, el sentido, la afectividad y la acción, ha de contar también con la parte de lo infinito, de lo no-finito, que existe.

La riqueza del ser humano es muy superior a lo que él sospecha. En esa intuición vamos en busca de Aquel que, sin cegarnos, mantiene en su enigma una tenue luz. En nuestra fragilidad fijamos en

ella la mirada, “como lámpara que brilla en la oscuridad, hasta que despunte el día y la estrella de la mañana se levante en vuestros corazones” (2Pe 1,19)

No nos gusta decir que somos probados por Dios. Dios no somete a prueba a nadie, decimos. Pero quizás debamos profundizar esa experiencia tan vivida por santos y místicos que se supieron probados. No hay prueba mayor que sentirse o saberse o experimentarse amado y asumir responsablemente ese don, esa bendición que ensancha el todo de nuestra comprensión. Sin asumir responsablemente riesgos es difícil entregarse a ese amor.

Nuestra prueba mayor está en ser amados. Hay momentos en los que aún intuyendo la existencia íntima de ese secreto en nuestra vida, del que no teníamos ni idea: “Ni ojo alguno ha visto, ni oído percibido, ni corazón humano ha soñado jamás lo que Dios tiene preparado” (1Cor 2,9; cf. Is 64,3 y Jer 3,16), preferimos seguir pensando que eso ha sido dicho para otros.

Contemplando cómo se entrega Jesús, y conociendo todo lo que está al servicio de la muerte en nosotros, no podemos eludir la pregunta: ¿Te sabes amado, bendecido, cuando tienes que atravesar muros de muerte y te experimentas solo, como ante un secreto?

Jesús exhorta a que no sepa la mano derecha lo que da la izquierda; pero a renglón añade: “y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará” (Mt 6,4). La misma promesa se le hace a quien se retira a su habitación para orar (v.6) y, un poco más adelante, a quien se ejercita en el ayuno (v.18). Se trata de un don ofrecido sin hacerlo saber, trascendiendo el hecho y sus consecuencias. Prueba de pura confianza.

El Padre-Madre Dios ve más allá. Ve lo que no sabemos que hemos hecho y de lo que no podemos presumir ni ante nosotros, ni ante el otro, ni ante Dios. El hecho de que existe un Dios que ve en lo secreto hace posible un acto que no tiene ningún valor aparente a la mirada de los otros, puesto que escapa a la economía contable. Jesús vive en esa confianza para que también nosotros la vivamos.

El carácter no sabido del don, de la bendición, no es óbice para detectarlo algunas veces en sus consecuencias vitales, especialmente cuando se produce modificación de algún comportamiento, reorientación de puntos de vista sobre Dios, sobre nosotros mismos o sobre el mundo, compromisos nuevos, apaciguamiento o sanación de heridas antiguas, establecimiento de proyectos.

No se puede reconocer el don, la bendición, más que por la huella de su paso. La huella de la muerte autentifica la resurrección.

Hay una Bendición otorgada en el secreto de la Prueba. Ahí se derriba el muro de la muerte. Ahí nace la certeza de que todo puede ser reemprendido, renovado. Ahí Jesús vence abriendo un camino de luz.

El Señor nos invita a perder el miedo a las fronteras, a ir más allá, abordar nuestro ego, pasar a la otra orilla de la Vida. Nos espera en la noche de la tormenta abriéndonos a la fe en su persona.

El creyente cree en Dios, pone su confianza en él, se compromete, se adhiere a él. Vive el secreto de una relación en la que se encuentra implicado con todo su ser. Esa fe va más allá de la muerte, pero pasa por el hoy de su vida. Quiere que esa transformación se produzca en su vida.

Contemplando hoy al crucificado nos acordamos de aquella afirmación: “He ahí el hombre”. Y comprendemos que somos bendecidos al pasar “por el fuego de la prueba” (1 Pe 1,7), y experimentar que la bendición es más que el don.

“¿Dónde está la superioridad de la bendición? Ella libera de la deuda, da el don de dar. Y así, bendiciendo, el Donante-que-da redobla, multiplica, el don.”

¡Qué liberación saberse amado por sí mismo! Dios me ha probado bendiciéndome con la posibilidad de ir más allá de la muerte. Diciéndome en Jesús que yo no era lo que se decía de mi (“mujer, no queda nadie de los que querían apedrearte. Levántate y vete: no caigas más –Jn 8,3-11). Yo soy lo que Dios dice de mi. Dios tiene fe en mi, por eso se entrega, se me da como luz, como agua, como Vida. Porque tiene fe en mi ha derribado la frontera de la muerte en su cuerpo.

Hay travesías pequeñas y grandes travesías. Una cosa es pasar las abiertas fronteras europeas y otra, atravesar solidariamente la que va de Túnez a Libia. Salir del minúsculo recinto de mi ego, de mi autoimagen, es prepararme para otros espacios. En este día de Viernes Santo, podemos comprender que son tránsitos que nos preparan para otro mayor: vivir la Pascua con Cristo. Ese día en que se abren nuestros ojos y nuestro corazón y comprendemos que Dios, más que amor, es amar en el silencioso secreto de la carne entregada de su Hijo y en la nuestra.

1. ¿Qué muros de muerte necesito dejar que caigan para avanzar?
2. ¿Cuál es la prueba del amor en mi existencia?
3. ¿Qué responsabilidades vivo que expresen mi comunión con Dios?
4. ¿Qué valor tiene, qué atención presto, a la vida del Espíritu en mí?
5. ¿Qué significa el secreto, el enigma, el misterio de Dios y el horizonte de mi vida?